

PENÍNSULA

Xavier Moret

Islandia, la isla secreta



Islandia, la isla secreta

Xavier Moret

© Xavier Moret i Ros, 2002

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.

En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.

Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conflicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

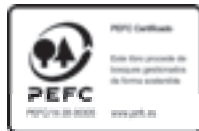
Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.

Primera edición: marzo de 2025

© de esta edición: Edicions 62, S.A., 2025
Edicions Península,
Diagonal 662-664
08034 Barcelona
edicionespeninsula@planeta.es
www.edicionespeninsula.com

REALIZACIÓN PLANETA - fotocomposición
Impresión y encuadernación: Huertas Industrias Gráficas, S. A.
Depósito legal: B. 3.601-2025
ISBN: 978-84-1100-342-1

Printed in Spain - Impreso en España



ÍNDICE

Prólogo: Islandia 2025	13
------------------------	----

PRIMERA PARTE UNA ISLA REMOTA

1. Lava, viento y lluvia	19
2. Reikiavik, un pueblo cosmopolita	30
3. El lío de los nombres	41
4. Fantasma y supersticiones	50
5. Marcha nocturna bajo el sol	56
6. La Laguna Azul	69
7. Una cerveza en el Valhalla	79

SEGUNDA PARTE UNA VUELTA POR LA ISLA

8. El rastro de las sagas	91
9. Elfos y salmónes	101
10. Un atajo por la montaña	108
11. Fiordos y bacalao	115
12. Caballos escapados de las sagas	121
13. Volcanes, astronautas, dioses y Björk	127
14. Un <i>cowboy</i> islandés	136

TERCERA PARTE
REIKIAVIK DE NUEVO

15. <i>101 Reykiavik</i>	143
16. Un país de cine	149
17. Piscinas, playas y falos	155
18. Café París	162
19. El pintor catalán	167

CUARTA PARTE
EN BUSCA DE LA ISLA PERDIDA

20. Del géiser al trópico	177
21. La capital mundial del arenque	184
22. Un filete de ballena	192
23. El gran Snorri Stúrluson	198
24. Viaje al centro de la Tierra	203

QUINTA PARTE
REGRESO EN INVIERNO

25. La playa de hielo	213
26. Vikingo de honor	219
27. En la ciudad blanca	227
28. La aurora boreal	232
Agradecimientos	237

LAVA, VIENTO Y LLUVIA

Llovía cuando aterricé en el aeropuerto de Keflavík una noche de finales de junio. Llovía con fuerza y soplaban un viento huracanado que zarandeaba de tal modo el avión que, incluso cuando se detuvo en la terminal, observé entre los pasajeros cruces telegráficos de miradas cargadas de desconfianza. Lo primero que vi por la ventanilla fue a un hombre equipado con un llamativo uniforme de color naranja que avanzaba por la pista luchando abiertamente contra el viento: inclinado hacia delante, las piernas separadas, la ropa hinchada y la cabeza gacha. Se movía con tanta torpeza que parecía un astronauta caminando por la Luna o un explorador en el Polo Norte. Al fondo, entre jirones de niebla, se intuía una cadena de montañas negruzcas; del otro lado se extendía un mar hostil, de un antipático color gris metálico, con olas de consistencia marmórea que morían en una desolada playa volcánica. Con aquella imagen me bastó para comprender que la naturaleza es la gran protagonista en Islandia y, a juzgar por lo que estaba viendo, no se trataba de una naturaleza amable, a escala humana, sino de una naturaleza dispuesta a mostrar y a ejercer todo su poder. En aquella isla volcánica alejada de todo —«el fin del mundo civilizado» para griegos y romanos—, estaba claro que el hombre era tan solo un accidente mínimo, insignificante.

—¡Dios mío, qué paisaje más triste! —murmuró mi vecina de asiento, una anciana norteamericana que, según me había

dicho, pensaba estar el tiempo justo en el aeropuerto antes de proseguir viaje hacia Nueva York—. ¿Y aquí vive gente?

Le contesté lo que había leído en una guía: que unas 280.000 personas vivían en Islandia.* Teniendo en cuenta que la superficie del país es mayor que la de Portugal, hay que admitir que está poco poblado —sus habitantes cabrían en una población del tamaño de Alicante—, pero si tenemos en cuenta las duras condiciones de la isla, se trata de una cantidad nada desdeñable. La pregunta es inevitable: ¿qué hacen 280.000 personas en un sitio inhóspito como este? ¿Por qué no piden todos la cuenta y se largan a vivir bajo el agradable sol mediterráneo?

En los pasillos del aeropuerto me llamó la atención un anuncio de la Oficina de Turismo que decía: «En Islandia, durante todo el verano mantenemos la luz encendida para usted». Era un detalle que se agradecía, aunque en aquel momento —tres de la madrugada y cielo muy nublado— la luz de medianoche pasara más bien desapercibida. Obsesionado, sin embargo, por aquella luz misteriosa que me atraía como un imán, revisé los motivos que me habían llevado a renunciar al cálido verano español para instalarme una temporada en Reikiavik.

Desde un punto de vista práctico, mi viaje respondía a la amable invitación de un amigo islandés que había tenido el detalle de conseguirme una casa donde, por lo menos en teoría, podría terminar sin agobios una novela que se me resistía. Si uno busca aislarse y librarse de las constantes interferencias del día a día, no hay duda de que Islandia es el lugar idóneo: en primer lugar, porque es una isla remota; en segundo, por el radical contraste de culturas; y, por último, por su clima extre-

* El 10 de enero de 2006 se alcanzó en Islandia la cifra de 300.000 habitantes y a finales de 2024 llegaron a los 400.000.

mo. En este sentido, estaba seguro de que en Reikiavik no me asaltarían las urgencias cotidianas, ni me agobiaría el teléfono ni perdería la concentración. Tengo que admitir, sin embargo, que más allá de los aspectos prácticos, aquel viaje significaba para mí la culminación de un anhelo que llevaba años larvado en mi interior. Viajamos casi siempre persiguiendo un sueño. Desentrañar el rastro de este sueño resulta a veces muy sencillo; es el caso, por ejemplo, del viaje al Caribe, que uno asocia de inmediato a la ausencia de problemas y con la felicidad en estado puro, como si las preocupaciones fueran incompatibles con las playas de arena blanca, los cocoteros y la música de salsa. En otras ocasiones, no obstante, el sueño que motiva el viaje es impreciso y vago, probablemente porque está ligado a rincones oscuros de la memoria que se ocultan tras las brumas de la infancia, a asuntos postergados desde hace demasiado tiempo.

Soy de los que opinan que viajar siempre vale la pena. Por un lado, porque nos permite romper con la rutina y soltar el molesto lastre que conlleva la vida cotidiana. Por otro, porque, al confrontarnos con otros paisajes y otras gentes, nos fuerza a la mirada interior y, por lo tanto, a conocernos mejor. De entre todos los viajes, mis preferidos son los que se asocian a los sueños de rastro enmarañado. Los prefiero porque tienen un puente que enlaza directamente con la imaginación infantil; es decir, con la imaginación en estado puro; porque a menudo se relacionan con lecturas hechas muchos años atrás, probablemente con alguna novela que, ya en el momento de leerla, provocó en el lector ese escalofrío que contagian las grandes obras, ese estremecimiento que le hizo soñar que algún día viajaría a ese país lejano que le tentaba con su magia desde las páginas de un libro.

Si cierro los ojos y buceo en la memoria, lo primero que relaciono con Islandia es un mapa. Me veo a mí de niño, en la

escuela, mirando fijamente el gran mapa de Europa colgado de la pared y preguntándome qué hace una isla perdida en un lugar tan remoto, más cerca de Groenlandia y de los fríos del Ártico que del continente europeo. Creo que ya desde aquel momento quise saber cómo era la vida en Islandia, qué sentía la gente que vivía en un país que, de tan inhóspito, había merecido el nombre de Tierra de Hielo. Había más cosas, por supuesto, que me guiaban hacia Islandia. Por ejemplo, la descripción que de la isla hizo el explorador griego Piteas, ciudadano de Marsella, en el siglo iv antes de Jesucristo. La llamó «Última Thule» y, aunque no consiguió llegar hasta ella, dejó escrito que se encontraba a seis días de navegación del norte de las islas británicas, muy cerca del «océano helado». También me fascinaba que el primer colono de Islandia, el vikingo Ingólfur Arnarson, no hubiera llegado a la isla hasta el año 874, después de verse forzado al exilio por haber dado muerte a los hijos de un noble en Noruega. Islandia, a partir de entonces, se presentó como un refugio lejano, como una especie de tierra prometida cubierta de hielo, para quienes huían de las imposiciones del rey Harald. Con anterioridad, solo algunos eremitas irlandeses se habían aventurado a vivir en la isla.

Viaje al centro de la Tierra, de Julio Verne, con su espectacular inicio en un volcán islandés, fue otro de los estímulos de mi interés por Islandia, así como *La estrella misteriosa* de Tin-tín, con el navío polar Aurora haciendo escala en la costa norte de la isla, en Akureyri. También tenía en mente, por supuesto, las historias de vikingos, en especial las encarnadas por Kirk Douglas y Tony Curtis en la película de Richard Fleischer de 1958, *Los vikingos*; y el sol de medianoche y los mitos de las valquirias y del Valhalla, un paraíso lleno de placeres... La lectura de las sagas, a la que llegué a través del entusiasmo del gran Borges, también me remitía a aquella isla remota que

encajaba en mi imaginación con el mundo fantástico soñado por Tolkien en *El Señor de los Anillos*. Me fascinaba, por último, saber que Islandia era el último secreto de Europa, el país más diferente y menos conocido del llamado Viejo Continente.

Mientras me dirigía hacia la aduana, recordé el poema de Borges titulado «Islandia», incluido en su libro *Historia de la noche*, en el que proclama que es una «dicha para todos los hombres» que exista una isla como Islandia. «Fría rosa, isla secreta», añade, celebrando que fue la memoria de Germania y que ayudó a salvar su mitología.

Entré en Islandia, pues, entré en la «isla secreta», flotando en un mundo de sueños etéreos, como si me llevara en brazos el mismísimo Borges, pero no tardé en bajar de la nube al recibir la primera lección práctica sobre el país. Nada que ver ni con su historia épica ni con las sagas, ni con los vikingos ni con la poesía. Tras pasar el control de la policía, los pasajeros islandeses, ante mi sorpresa, ignoraban su cita con la recogida de equipajes y acudían en masa hacia otro sector del aeropuerto.

—¿Adónde se dirigen? —le pregunté en inglés a una azafata de sonrisa promiscua.

—A comprar —me respondió encogiendo los hombros, como si la respuesta fuera evidente—. Aquí en Islandia el viajero tiene la ventaja de poder comprar en las tiendas libres de impuestos no solo al salir del país, sino también al entrar.

Viendo mi desconcierto ante el alcance de tal medida, añadió:

—El alcohol es muy caro en Islandia. Los impuestos son tan altos que sale muy a cuenta comprarlo en el aeropuerto. ¿Conoces a alguien en la isla?

Le dije que sí, mientras recordaba que mi amigo Einar había prometido que vendría a recogerme.

—Pues si quieres hacerle feliz —sentenció—, llévale una botella. Seguro que te lo agradecerá. O mejor dos.

Seguí el consejo de la azafata y compré un par de botellas de vino. En la cola de la caja, un grupo de islandeses sonrientes exhibían botellas de todo tipo, con abundancia de las de alta graduación, y aparatosos *packs* de latas de cerveza. Contemplé mis dos botellas con un orgullo no disimulado, como si en ellas estuviera la prueba de mi rápida integración en la sociedad islandesa. Me sentía como si hubiera superado el primer rito de paso.

Mi amigo Einar me esperaba al otro lado de la aduana. Nos abrazamos, nos obsequiamos con rápidos resúmenes de los respectivos momentos personales e intercambiamos novedades sobre amigos comunes. Volvió a abrazarme, diría que esta vez con más fuerza, cuando le entregué las dos botellas de vino.

—Con ellas brindaremos por mi primera hija —celebró—, una encantadora belleza vikinga que nació hace unos días y que aún no tiene nombre.

Le felicité por su nueva condición de padre y echamos a andar hacia la salida. Junto a la puerta, un termómetro indicaba que la temperatura exterior era de tan solo tres grados. Si aquello era verano, ¿cómo debía de ser el invierno en Islandia?

Para llegar hasta el coche de Einar había que andar un escaso centenar de metros bajo una lluvia intensa y racheada. Corrí cuanto pude, pero me quedé tan empapado como si hubiera atravesado un túnel de lavado.

—Ya es mala suerte llegar en un día así —le comenté a Einar mientras intentaba sacudirme el agua, ya en el refugio del coche.

—¿A qué te refieres? —Me miró por encima de sus gafas con expresión de sabio despistado.

—Al tiempo, por supuesto. —Indiqué con una mano el temporal de lluvia y viento.

—Ah, eso... —sonrió, quitándole importancia—. Si quieres conocer a fondo este país tendrás que mojarte mucho más.

—¿Bromeas?

—¡Claro que no! —dijo muy serio—. Islandia no es un país fácil, pero si pones de tu parte, algún día podrás llegar a comprender todo su encanto.

No dije nada, pero me asaltó una poderosa nostalgia cuando recordé que en aquellos días en España lucía un sol espléndido y los termómetros marcaban más de treinta grados.

—Qué le vamos a hacer, nos gusta vivir aquí —prosiguió Einar—. Islandia tiene un magnetismo que espero que descubras algún día.

Eché una ojeada a través de la ventanilla. Solo veía rocas negras, desolación, lluvia y niebla. Ni rastro de magnetismo por ningún lado.

—De todos modos, si no te gusta el clima —añadió Einar en plan conciliador—, solo tienes que esperar cinco minutos. Aquí el tiempo cambia muy deprisa. Más que clima, tenemos muestras de distintos climas a lo largo del día.

Soltó una carcajada, puso en marcha el motor y maniobró para salir del aparcamiento. En el camino hacia Reikiavik se extendía un inmenso campo de lava azotado por la lluvia; sin casas, sin árboles, sin gente, sin nada. Solo rocas negruzcas de aspecto amenazador. Daba la impresión de que la carretera por la que circulábamos era el único lugar habitable de la isla.

—Es extraño que no haya ningún árbol —comenté.

—Hace años desapareció una persona en Reikiavik y se temía que hubiera sido asesinada —empezó a contar Einar sin que yo supiera a qué venía—. Como no la encontraban, la policía acudió a una vidente alemana. Esta puso los ojos en blanco, entró en trance y anunció que el cadáver había sido enterrado en un bosque cerca de Reikiavik. La policía optó por prescindir de sus servicios. Enseguida vieron que era un *bluff*.

—¿Por qué? —preguté, intrigado.

—Pues está claro, porque en Islandia no hay bosques. Los había hace muchos siglos, pero los cortaron para hacer barcos y casas. Ahora es una isla pelada como el cráneo de un muerto.

Varias toneladas de rocas más allá, Einar continuó su lección.

—Los islandeses tenemos fama de estar un poco locos y de ser muy imaginativos, pero la verdad es que estamos muy apegados a la realidad —reflexionó sin dejar de mirar la carretera—. Somos tan pocos que nos conocemos todos y lo sabemos casi todo de los demás. Esto es algo que nos afecta a los escritores. Aquí, por ejemplo, es muy difícil escribir una novela policíaca. Si alguien cuenta en un libro que hubo un asesinato en tal pueblo, la gente piensa: «No, no es verdad, no hubo ningún muerto. De haber ocurrido, yo lo sabría». Es la desventaja de vivir en un país pequeño. Queda poco margen para la imaginación...*

Unos kilómetros más adelante, como si obedeciera a un extraño conjuro, el viento se calmó y cesó de llover.

Las nubes se empezaron a abrir por el oeste y una increíble luz nórdica, de tonos suaves y dorados, arrancó insospechados colores del paisaje.

—Lo ves cómo ha cambiado el tiempo —celebró Einar—. Cuando sale el sol, ni que sea por unos minutos, todo cobra una nueva dimensión y te das cuenta de lo maravilloso que es vivir aquí. La luz es la auténtica magia de Islandia.

Tenía razón. Lo que antes era negruzco y lóbrego ahora aparecía lleno de color y de vida, como una imagen falseada por ordenador. Incluso el mar parecía ahora menos hostil, como si de repente Islandia hubiera adoptado la escenografía

* Véase, en mi libro *Islandia, revolución bajo el volcán* (2011), cómo la entrevista con el exitoso autor de novela negra Arnaldur Indridason desmiente esta opinión. En los últimos años, por otra parte, han salido más autores islandeses de este género literario.

heroica que reclamaba la épica de las sagas. Para redondear el efecto, al otro lado de la bahía asomó una silueta nevada de un volcán que parecía dibujado por un niño: una pirámide casi perfecta, con la cima nevada y truncada por el cráter.

—Es el Snaefellsjökull —comentó Einar—. Es un buen augurio que se deje ver a tu llegada a la isla. Hay quien dice que es un volcán mágico e incluso hay una secta de colgados que acuden allí a ver ovnis.

Mientras Einar hablaba, recordé el documento del profesor Arne Saknussem que cita Julio Verne en *Viaje al centro de la Tierra*: «Desciende por el cráter de Snaefellsjökull cuando la sombra de Scartaris lo acaricie, antes de las calendas de julio, viajero audaz, y llegarás al centro de la Tierra. Yo lo hice». Todo un desafío, sobre todo teniendo en cuenta que las calendas de julio se acercaban.

—Es el volcán de Julio Verne, ¿no? —le pregunté a Einar.

—Sí, pero no te fíes mucho de lo que escribió. Si fuera cierto, como él dice, que a través de su cráter se llega a Sicilia, todos los islandeses estaríamos tomando el sol en Taormina.

Me quedé un buen rato observando el volcán, como hipnotizado, hasta que Einar hizo que me fijara en un conjunto desordenado de rocas volcánicas que había junto a la carretera. Eran de gran tamaño y tenían unas formas grotescas en las que, por poco que uno se esforzara, era fácil descubrir siluetas camufladas de extraños animales.

—Por ahí debe de haber elfos —comentó mi amigo con una sonrisa maliciosa.

—¿Elfos? —repetí sintiendo de pronto que me adentraba en el mundo fantasioso de Tolkien.

—Mucha gente cree en ellos en Islandia —añadió—. Un 60 por ciento de la población, según una estadística reciente. Los llaman «seres ocultos» y como por definición no pueden ser vistos por los humanos, no hay manera de demostrar que

no existen. —Soltó una risa seca—. Cuentan que viven en rocas como estas y la gente los respeta tanto que incluso desvían carreteras para no molestarlos.

—¿Lo dices en serio?

—Por supuesto, a veces pienso que los elfos tienen más derechos que los humanos, y eso que no pagan impuestos.

Cuando todavía no habíamos salido del campo de lava, aparecieron las primeras casas: granjas aisladas o cabañas de veraneo, con paredes de madera pintada de rojo y tejados de chapa ondulada. Eran como un error flagrante de guion en medio de aquel paisaje lunar, como si algún subalterno hubiera metido la pata. Poco después divisamos un conjunto de almacenes y fábricas —no demasiadas y sin humo de ningún tipo— y, un poco más allá, los suburbios de Reikiavik.

A primera vista, la capital de Islandia ofrecía una imagen agradable, con unos cuantos barrios esparcidos entre la bahía y una serie de colinas que se sucedían al pie de las montañas, extensas zonas verdes, muchas casas bajas con jardín —la mayoría con alegres tejados de colores— y algunos edificios altos —pocos, de líneas modernas— en el centro y en las afueras. Era muy tarde, o quizá muy temprano: las cuatro de la madrugada. Apenas si circulaban coches y nadie andaba por las calles. Reikiavik era como una ciudad fantasmal, envuelta en un manto de silencio. Lo que más me llamó la atención fue la pureza del aire, la nitidez de los perfiles y cómo destacaban desde lejos las luces de los semáforos y los pocos neones que, a pesar del sol de medianoche, permanecían encendidos.

Al llegar a una zona comercial presidida por un gran anuncio de cerveza Egils, Einar giró hacia la izquierda y se adentró por un barrio con aspecto de urbanización a la americana. Tras doblar un par de esquinas, aparcó frente a una casa rodeada de un jardín sin valla. Tenía tres pisos, paredes de hormigón pintadas de blanco y grandes ventanales sin cortinas.

—El piso inferior será tu casa durante una buena temporada —me informó mientras abría la puerta—. Es pequeño, pero tiene de todo. La casa pertenecía al escritor Gunnar Gunnarsson, pero a su muerte, en 1975, la dejó a la Asociación de Escritores de Islandia.

Me bastó con un vistazo para comprobar que todo en la casa respondía al más puro estilo nórdico: diseño elegante y sobrio, madera clara, colores suaves, suelo de corcho... Nada desentonaba. A través de las ventanas, como si un imaginario director de cine hubiera dispuesto un potente foco que resaltara la belleza del lugar, entraba una luz inquietante que parecía augurarme una feliz estancia en Islandia.

—Es perfecta —aprobé—. Será como vivir en un catálogo de Ikea.

—Ahí enfrente tienes un parque —me indicó Einar—, por si te apetece pasear o hacer *footing*.

Una suave pendiente cubierta de césped se extendía ante la casa y desembocaba en un gran parque con numerosas instalaciones deportivas. Más allá del parque, en la distancia, se adivinaba el centro de Reikiavik.

Me despedí de Einar dándole las gracias y, mientras intentaba conciliar el sueño, me entretuve hojeando la guía telefónica. Unas cuantas páginas en inglés informaban de lo que convenía hacer en caso de que una tragedia asolara el país. Había varias posibilidades: erupción volcánica, terremoto, viento huracanado... Me dormí antes de decidir con qué opción me quedaba.